

la guardó; y despues de haberla llevado á sus labios, puso en el libro de oraciones de su muger las hojas del rosal de Nichette.

Dos horas despues la señorita de Mortonne se llamaba la señora Daumont.

Poco mas ó ménos á la misma hora, una muger cubierta con un veló y con los ojos encarnados de llorar, subia en Paris en la diligencia que partia para Tours.

Aquella muger era Nichette.



CAPITULO XI.

CURACION.

¿Seguirémos el coche que conduce á Nichette? ¿ó seguirémos el acompañamiento de boda que sale de la iglesia de Niza?

Hagamos como los egoistas y los aduladores; sigamos á las gentes dichosas.

Gustavo se hallaba ahí, y todo el mundo á su alrededor.

Las brisas del Invierno se habian desvanecido, y el sol precoz del Mediodía hacia brotar ya las primeras hojas de la Primavera. Para todos, aquella era la estacion de las flores; para Edmundo era la salud.

Todo el mundo en Niza habia tenido conocimiento de la enfermedad de Edmundo; todo el mundo fué admitido en su convalecencia. Felicitaban á su madre; felicitaban al señor Devaux; y nada habia tan interesante como ver á aquel jóven, pálido y débil aun, sonriendo á la vida que volvia á él, y apoyándose sobre su jóven esposa, radiante de belleza y de afeccion.

El casamiento de Gustavo fué como una especie de segundo casamiento para Edmundo. Recordábale el suyo primeramente, y además, delante del sacerdote que bendecía las bodas de Daumont, Edmundo hizo en el fondo de su corazón un nuevo juramento de amor eterno á Antonina.

Gustavo junto á Laurencia, y la señora de Péreux junto al señor Devaux, rogaron al Señor con todo el fervor de sus corazones reconocidos. ¡Cuán dulce fué el bautismo de lágrimas de felicidad que recibió aquel día!

—A no ser que tu marido vuelva á cometer una imprudencia como la que ha dos meses cometió, había dicho el médico á su hija, nada hay que temer por él. Está salvado.

Edmundo entraba, pues, desde entónces en una nueva vida, sin tristeza, puesto que ya no había motivos de inquietud.

Así su corazón se abría á todo; en el camino que recorrió de su casa á la iglesia y de la iglesia á su casa, nada le fué indiferente. La existencia y la fuerza que Dios concedía á la naturaleza, se reflejaban en él. Tenía la Primavera en su corazón. A las flores nuevamente abiertas, débiles aun sobre su delgado tallo, volviéndose hácia los primeros rayos del sol; á las hojas que se entreabrían al calor del día, y que esperaban del siguiente una nueva porción de sávia nutritiva; al dulce calor de un aire

entibiado por la vuelta de la Primavera; á todas las promesas anuales de la tierra, comparaba Edmundo su alma.

Aquellas flores, débiles todavía, y que cada aurora haría mas grandes y mas llenas de perfumes; las hojas que no eran aun mas que gérmenes, y que bien pronto producirían la sombra al tronco que las sostenía; aquella tibia y dulce respiración de un mundo que sale del Invierno, todo esto era para él la imágen viva, animada, de la felicidad que Dios le concedía y de las halagüeñas esperanzas que le prometía alimentar.

Una mirada de Antonina reasumía todas estas maravillas de la Primavera, y Edmundo sentía el amor, esa vida del alma, entrar de nuevo en él con la salud, esa vida del cuerpo.

Su sangre circulaba sin esfuerzo por sus venas: respiraba con libertad; miraba con placer todo lo que le rodeaba; parecía decir á los niños que corrían:

—Bien pronto yo podré hacer otro tanto

Su felicidad estaba esenta de todo temor, y marchaba ante él para enseñarle el camino. Era el conquistador precedido de las músicas y los himnos del triunfo; todo cantaba, todo reía á su alrededor.

Oía despertarse voces que le eran desconocidas hasta entónces. Los diez meses que había vivido junto á su muger, se desvanecían co-

mo un minuto ante los luengos años que el porvenir le prometia. El amor que habia tenido por ella, parecíale pobre, corto y mezquino junto al que ahora le animaba. Soñaba junto á Antonina como se sueña junto á una novia lindísima, cubierta aun con el velo de su virginal inocencia.

Edmundo estaba mas que enamorado; se sentia poeta. Sus impresiones desbordaban de su alma en estrofas completamente rimadas, y él mismo confesaba que jamas habia estado tan contento.

Despues de haber creido que su vida estaba limitada y que su porvenir era únicamente de dos años; despues de haberse dicho á cada dia que pasaba: "He aquí un paso mas que he dado hácia el sepulcro," de haber sufrido de antemano lo que sufría un dia con la idea de dejar la vida, la juventud, á su madre, á una muger amada, resucitar de pronto y volver á tener esperanzas: náufrago perdido, despertar sin sentirlo en una ribera llena de flores, redeado de todos los encantos de la naturaleza y del alma, ¿no era efectivamente una felicidad que no se puede espresar, y no habria sido una ingratitude y un sacrilegio el no confesarlo?

Hasta la casita del camino de Niza dejaba aparecer la alegría que encerraba. Las ventanas se abrian alegremente al sol, y le presentaban canastillos de flores. La madre selva se es-

tendia á lo largo de las paredes, y el viagero que pasaba, tenia que notar esa calle blanca, de persianas verdes, de donde se escapaba casi siempre algun cántico como de un nido de pájaros.

Nunca se habian visto tantas gentes felices bajo un mismo techo. Los goces que Edmundo no saboreaba mas que por recuerdos y en esperanzas, eran realidades para Gustavo. Desde que se habia casado con Laurencia se preguntaba á sí mismo, cómo habia podido vivir ántes de conocerla. Este amor, jōven, inocente, ardiente, cuya primera expansion cubria en el seno de una naturaleza jōven como él, llena de rayos, de perfume y de poesía, le hacian comprender sentimientos que estaban como adormidos, y que una sola palabra le habia despertado.

Todas las mañanas Gustavo montaba á caballo con su muger; y Antonina y Edmundo, que no podian aun acompañarlos, los seguian con la vista desde su ventana, hasta que desaparecian entre la nube de polvo que levantaban sus caballos.

La lectura y la música eran en seguida los dos grandes ocupaciones del dia. Victor Hugo, Lamartine y Alfredo de Musset, eran los poetas favoritos; Schubert, Weber y Scudo, eran los compositores amados.

Ora Laurencia, con su voz suave y argenti-

na, leía una de las melancólicas meditaciones de nuestros tres poetas; Ora Antonina, con su voz dulce y simpática cantaba la *Serenata ó la Plegaria á la Virgen*, esta sencilla melodía, tierna como un suspiro del corazón, santa como los cánticos de la iglesia.

Cualquiera de estas cosas sumergía á Edmundo en un éxtasis indefinible. Correspondían tan bien á lo que él experimentaba; el amor y la fé eran tan verdaderos en él; la melodía amorosa ó sagrada encontraban tan pronto un eco en el alma del jóven, que él creía poder vivir la eternidad empleando siempre sus días de aquella manera apacible.

Antonina y Laurencia se hallaban unidas por una estrecha amistad; habían llegado á ser confidentes la una de la otra. ¡Dos jóvenes recientemente casadas tienen tanto qué decirse, sobre todo, cuando ellas saben que todo pueden confiárselo, cuando sus corazones están unidos por la simpatía, y cuando el amor que experimentan es puro! Nada puede haber mas seductor que sus conversaciones de por la noche; nada mas candoroso que la relacion de sus nuevas impresiones.

Antonina habia contado á Laurencia cómo habia conocido á Edmundo; cómo la enfermedad de que estaba atacado la habia hecho experimentar una tierna compasion hácia él; como ella habia creído ver en el encuentro que

habia tenido con el jóven, un consejo de la Providencia que ponía en sus manos el porvenir del enfermo y la responsabilidad de su ventura durante los días que le quedaban de vida.

—El marido de vd., Laurencia, decia Antonina, fué quien lo hizo todo; él fué quien me hizo tomar súbitamente la resolucion de ser de Edmundo ó de nadie. A Gustavo es á quien debo mi casamiento ¡Pobre Edmundo! yo no sabia todavía si lo amaba ó no. . . . pero una palabra me iluminó, y ahora doy gracias á Dios por lo que ha hecho! ¿Comprende vd. . ? El, que no debia vivir mas que dos años; él, con quien yo me habia casado con la triste y fatal conviccion de que me dejaria muy pronto viuda. . . . y ahora, ved que se ha salvado, mirad que el porvenir de los demas es el nuestro. luengos años nos están prometidos; nuestro horizonte se ensancha. . . ! ¡Jóvenes los dos, ámbos suficientemente ricos, amándonos como el primer día, mas tal vez, con amigos como vdes., con un padre como el mio y una madre como la señora de Péreux ¿que mas podemos desear? ¿qué podemos temer. . . . ?

—Nada, en efecto, dijo Laurencia.

—Así, nunca nos separaremos; no formaremos mas que una familia. ¿Le parece á vd? Nuestros maridos se aman como dos hermanos.

—Y nosotras nos amarémos como dos hermanas, interrumpió la señora Daumont abrazando á Antonina.

—Dejarémos éste pais, continuó la última; al señor y la señora de Mortonne les gustan los cambios. Viajarémos; nada nos detiene . . . seguirémos el curso de las golondrinas. Serémos dichosos por donde quiera que puedan estar cuatro personas, amarse y decírsele. . . .

La señora de Péreux se mezclaba muy frecuentemente á estas conversaciones íntimas; y la santa madre, cuya vida consistia en la vida de sus hijos, no pedia mas que una cosa, no separarse de ellos; sabiendo que seria feliz do quier que ellos estuvieran.

El señor Devaux habia hecho en Edmundo una curacion admirable. Cada dia la salud del enfermo se hacia mas y mas visible; sus mejillas se coloraban, toda fiebre habia desaparecido; su sueño estaba sin agitaciones. Su alma solamente, habia conservado una tinta un poco melancólica, último reflejo del mal que se desvanecia.

Hacia cuatro meses que el señor Devaux habia llegado á Niza, cuando un dia dijo á Edmundo:

—Vamos, ahora ya está vd. curado . . . yo me vuelvo junto á mis demas enfermos á quienes he abandonado por vd.

Edmundo y Antonina se miraron.

—¿Nada mas tiene que temer? preguntó la jóven.

—Nada, hija mia; te lo repito.

—¿Edmundo no tiene que temer al aire de Paris mas ó ménos que al de Niza?

—No.

—Pues bien ¿qué nos puede impedir que partamos contigo?

—Esto me causaria un gran placer, hijos míos.

—Nada nos detiene aquí . . . ni nosotros, ni Gustavo, ni su muger nos separarémos de vd., dijo Edmundo estrechando la mano del médico; lo contrario seria una desgracia. . . .

—Partamos, pues, todos juntos.

—Sí; tengo muchísimos deseos de volver á ver mi cuartito, dijo Antonina, arrojándose al cuello de su marido; aquel cuartito donde nos hemos amado tanto, y donde nos amarémos aun; ¿verdad . . . ?

Un beso fué la respuesta.

Se convino que Gustavo y Laurencia vivirian en la misma casa, si era posible; si no, en la misma calle que Edmundo y Antonina; y que no se separarian mas en Paris que en Niza.

Hicieron inmediatamente los preparativos de viaje, y dos dias despues del en que habia sido convenido, un par de sillas de posta aguardaban á ambas familias en la puerta de la casita de persianas verdes.

Antonina no pudo contener algunas lágrimas al abandonarla. Tenia como una especie de vago presentimiento de que dejaba allí una parte de su felicidad.

¿Tendremos necesidad de explicar los recuerdos que dejaba allí, y que la sonreían en el momento de partir. . . . ?

En cuanto á Laurencia habia heredado los gustos nómades de su padre; jamas echaba de ménos el pais que dejaba.

—Madre mia, dijo en voz baja Edmundo á la señora de Péreux; dí que quieres pasar por Tours al volver á Paris.

—¿Para qué? preguntó la señora de Péreux.

—Porque tengo que hacer allí una peregrinacion.

La señora de Péreux hizo lo que su hijo deseaba, y llegaron á Tours.

Al bajar del carruaje, Edmundo dijo á Gustavo, que no le habia preguntado, pero que adivinaba por qué Edmundo habia querido pasar por Tours.

—¿Nada tienes que decir á Nichette?

—¿Vas á verla? preguntó aquel.

—Sí, me toca hacerlo.

—Dale un apretón de mano de mi parte; eso es todo.

—No quieres venir conmigo?

—Vale mas que no me vuelva á ver.

Edmundo preguntó por el almacen de modas

de la señorita Carlota Toussaint. Le indicaron la calle donde se hallaba situado, y se dirigió á ella.

Era en la calle de *** donde se hallaba la tienda de modas, muy sencilla, pero con esa coqueta sencillez que sirve de realce á todos los objetos.

Antes de entrar Edmundo miró á través de las vidrieras del almacen, por entre las flores de mano, los bordados, sombrerillos, &c., &c. que se hallaban espuestos á la vista.

Nichette estaba sentada junto al mostrador. La pobre muchacha parecia muy pálida, algo enflaquecida, y usaba un vestido de merino negro, como si estuviera de luto.

Estaba cosiendo.

¿Cuántas cosas han pasado, pensó Edmundo, desde que la ví por la primera vez trabajando así, junto á su ventana. . . . !

Era una vida entera de recuerdos.

Abrió la vidriera y entró.

Al oír que álguien entraba, Nichette levantó la cabeza, y reconociendo á Edmundo lanzó un grito.

Edmundo se lanzó á ella con los brazos abiertos: ella se apoyó sobre el pecho de su amigo con el rostro bañado en lágrimas.

Nada hubiera podido ser mas elocuente que aquella emocion.

—¿Cómo se siente vd., Edmundo? dijo Ni-

chette cuando se hubo calmado un poco, y con la firme intencion de no hablar de Gustavo.

—Me han curado, mi buena Nichette; estoy salvado.

—¡Tanto mejor! ¡Cuántas gracias doy á Dios por esto. . . . ! ¡Ha venido vd. solo. . . . ?

—Con Antonina y. . . .

—¿Y. . . . ? repitió Nichette palideciendo á su pesar.

—Y mi madre.

En el acento involuntario con que Edmundo pronunció su última frase, la modista comprendió que Gustavo se hallaba en la ciudad con su muger, y que Edmundo se lo hubiera dicho, si no la hubiera visto ponerse mas pálida de lo que naturalmente estaba.

—¿Y vuelve vd. á Paris? preguntó la jóven.

—Dentro de un instante. Solamente he querido detenerme en Tours para abrazar á vd. y decirle cuánto la amo.

—No pasa un día sin que no piense en vd. en el tiempo en que la veía frecuntemente. . . . ¡Se acuerda vd. de nuestras comidas de la calle Godot? Aquel era un buen tiempo; á lo ménos para mí. . . .

Y Nichette sintió de nuevo que las lágrimas empapaban sus megillas.

Edmundo mismo no era dueño de su emocion, y viendo la tristeza de la jóven se pre-

guntaba cómo Gustavo habia tenido valor de abandonarla.

—No hablemos mas de ésto! murmuró Nichette enjugándose los ojos. Su mamá de vd., su muger ¿se hallan buenas y aman á vd. como siempre?

—Sí.

—Dios haga á vd. dichoso, Edmundo; este es uno de mis mas fervientes votos.

—Y vd., Nichete. ¿es vd. dichosa aquí?

—Sí, contestó ella con un suspiro; tan dichosa como puedo serlo. Carlota es una buena muchahca; nuestra tienda progresa. . . . sí, soy dichosa. . . .

Nada podía ser mas triste, mas amargo y doloroso que la manera con que Nichette decia esto.

Durante toda la conversacion, el nombre de Gustavo no fué pronunciado ni una sola vez; pero si no se hallaba sobre los labios, sí estaba en el corazon de Nichette.

Ella hubiera querido que Edmundo la hablase de su antiguo amante; pero éste no se atrevió por temor de afligirla demasiado; porque ella entónces le hubiera hecho mil preguntas; y ella no podia saber, puesto que Gustavo era feliz, sino cosas que la hubieran llenado de tristeza.

Cuando las dos sillas de posta salieron de la

ciudad, una muger cubierta con un espeso velo, se ocultó detras de uno de los primeros árboles del camino, para no ser vista de los que lo atravesaban; pero de manera de poderlos ver ella.

—¡La has visto? dijo Edmundo en voz baja á Gustavo, señalando con los ojos un punto negro que se alejaba por la embocadura del camino.

—Sí, respondió Daumont con emoci6n: Nihette, ¿no es verdad?

—¡Qué demudada está!

—¡Pobre muchacha! murmuró Gustavo.

Y una lágrima desprendida del fondo de su corazon, corrió solitaria por sus megillas.



CAPITULO XII.

EPÍLOGO.

Si creéis que la poesía de la juventud dura hasta los últimos dias;

Si reposais aun bajo el árbol florido de nuestras ilusiones;

Si no quereis conocer mas que el lado venturoso de la vida;

Si negais la mezcla del bien y del mal, con la cual la naturaleza ha amasado el corazon humano;

Si nada os ha salido mal en este mundo; si el amigo que teníais hace diez años es todavía vuestro amigo; si la muger á quien amais, no os ha engañado; si viviendo todavía con ella nuestra alma ha conservado sus primeras y tiernas impresiones amorosas; si no teneis lágrimas que dar á lo pasado, limosna que ese gran mendigo quiere siempre que se le conceda;